



La madurez cristiana (16)

Maduramos cuando el amor guía nuestros actos

por José Luis Suárez

Estamos llegando al final de esta serie de estudios sobre la madurez cristiana y me gustaría concluir con tres temas sobre la madurez: el amor, la libertad y Jesús modelo de madurez.

En estos tres últimos artículos intentaré ser breve en la exposición para dejar espacio a preguntas, pistas y propuestas, de forma que estos temas no se queden sólo en la reflexión —la cual es buena, necesaria e indispensable— sino que sirva para que estos temas se encarnen en la vida, porque de lo contrario la reflexión sirve de muy poco. Ya el dicho popular acerca del amor nos dice: «Hechos son amores y no buenas razones».

El amor

Todos deseamos amar y ser amados. Esta es la mayor aspiración de todos los seres humanos desde que el mundo existe. Esta necesidad de amar y ser amado aparece en todas las épocas, religiones y culturas. Desde tiempos inmemorables y en forma de poemas, cantos, música, pinturas, novelas, esculturas y hasta en los dichos de la sabiduría popular el amor ha estado presente en la vida de todos los pueblos.

El amor ha sido, es y será el centro de la vida del ser humano, el corazón de la relación con Dios, con el prójimo y con uno mismo.

Pero tendríamos que empezar preguntándonos: ¿De qué hablamos

cuando empleamos esa palabra mágica llamada «amor»? El amor es algo demasiado grande, demasiado profundo para que se le pueda limitar dentro de las palabras. Ninguna definición del amor nos satisface. Sólo me atrevo a afirmar que el amor es lo que permite el crecimiento total de la persona en relación con todo lo que la rodea: uno mismo, los demás, el creador y toda la creación.

Cuando hoy hablamos de amor pensamos en el amor entre hombre y mujer, pero yo sugiero que hablar del amor desde la madurez es hablar del amor que nos trasciende y que afecta a todo lo que tocamos, vemos, sentimos, hablamos y experimentamos. En última instancia, no es otra cosa que una actitud en la vida, una manera de ser y de vivir.

El misterio del amor

Escribir sobre el amor es una tarea de locos, porque es un campo lleno de minas, de sorpresas y de misterios. Nunca comprenderemos del todo el amor, siempre nos quedarán muchas preguntas sin respuestas. Nunca entenderemos el misterio de su nacimiento, de igual manera que nunca entenderemos su muerte.

Nos cuesta entender cómo el amor puede llenar la vida de una persona, hacerla feliz, transformar toda su existencia; cómo el amor puede curar, renovar, proteger, inspirar y cómo la tristeza y hasta la desesperación se adueña de la persona cuando el amor desaparece. El amor puede fascinarnos y llevarnos a actos insospechables de sacrificios por otra persona, pero al tiempo cuando desaparece produce heridas muchas veces incurables.

Es una realidad como un templo que el amor es la fuerza más poderosa

de nuestra naturaleza, es la fuerza que nos lleva a desear ser mejores personas, que nos impulsa hacia los demás y que nos permite conocer y vivir el amor del Creador del universo; pero al tiempo, cuando el amor no es correspondido, puede llevarnos a convertirnos en personas amargadas, resentidas, sin deseos de vivir; y hasta puede llevarnos a desear lo peor a la persona



«El amor es la única ley que rige el universo».

También en este número:

Diálogo CMM - Adventistas	3
Cuando Cristo venga	4
Noticias de nuestras iglesias	7
Diccionario: pacto / alianza	8



que tanto hemos amado.

El amor es la vida misma en su estado de madurez y de perfección. El amor no está sólo en el pensamiento, corazón o deseo. El amor es acción y solamente en la acción se conjugan el pensamiento, el corazón y el deseo.

El amor es la única ley que rige el universo. Porque el amor es todo, como ya dijo el apóstol Pablo: «Sin el amor nada soy, el amor es todo» (1 Corintios 13).

La trilogía del amor

El amor toma múltiples formas. Es como un diamante que tiene muchas superficies pero una sola belleza: el amor en la pareja, el amor entre padres e hijos, el amor entre amigos, el amor a uno mismo, el amor que Dios nos tiene así como nuestro amor a Dios.

Los esfuerzos para explicar el amor condujeron a dividir el amor en categorías: Eros, filia y ágape. Los griegos distinguían entre el *eros*, amor pasional que se refiere sobre todo al amor entre el varón y la mujer; *la filia*, el amor de la amistad; y el *ága-pe*, el amor desinteresado al prójimo, el amor de Dios al ser humano y el amor a Dios.

Es curioso que en las tradiciones espirituales monoteístas encontramos esta máxima del amor en estas tres formas diferentes pero con el paso de los siglos esta conexión se pierde y se convierte en una conexión con lo divino o en asunto terrenal.

No viene a cuento desarrollar en este artículo las razones de esta separación, aunque intuyo que una de las razones es la dificultad que tenemos para abarcar los opuestos y vivir el amor como un todo en lugar de parcelado. Eso nos lleva e intentar valorar un área del amor más que las demás, lo cual se convierte a su vez en una forma de simplificarnos la vida — aunque a lo largo nos la compliquemos.

Todo lector de la Biblia se da cuenta que el amor es el centro del mensaje que ella contiene. En Jesús de Nazaret descubrimos cómo podemos experimentar el amor y cómo podemos aprender el arte de amar. El amor desde la perspectiva de Jesús, no es en primer lugar una exigencia planteada al ser humano, sino un don de Dios. Es la esencia misma de Dios, como expone el apóstol Juan de forma magistral al decir: «Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4,6).

Con estas palabras Juan nos dice que la esencia más íntima de Dios es el amor y que cualquier persona que ame y sea amada, experimenta al mismo tiempo algo del amor de Dios.

Las palabras de Jesús: «Amarás a Dios y al prójimo como a ti mismo», nos recuerdan la unidad indisoluble del amor en sus tres aspectos. En el pensamiento y la vida de Jesús, el amor es la mayor fuerza natural que mueve todas las cosas. Allí Dios es en último término la causa primaria de todo amor. El amor acerca a los seres humanos; y en lo más hondo de este amor, encontramos al Dios de amor.

Me atrevo a afirmar desde la fe, desde mi comprensión de la Biblia y mi propia vivencia sobre el tema, que el amor a uno mismo, a los demás, al creador y todo lo creado, no sólo van de la mano sino que en última instancia constituyen una unidad inseparable. El amor es una realidad de una sola pieza, si bien con manifestaciones múltiples.

Es difícil —por no decir imposible— que una persona pueda amarse a sí misma si no ama a los demás, ya que cuanto más profundo sea el amor hacia uno mismo, más grande será el amor hacia los demás. A su vez es

difícil amarse a uno mismo y a los demás sin el amor de Dios, porque una profunda relación con Dios nos aporta una transformación tal que nos permite relacionarnos mejor con los demás y con nosotros mismos. Esto es porque Dios es una presencia de amor que llena nuestra vida de amor hacia todo lo que existe. Si experimentamos en nuestra vida la presencia amorosa de Dios, ese amor lo extenderemos hacia nosotros y fuera de nosotros. Pero también es absurdo pretender amar Dios —a quien no vemos— y al tiempo no amar al prójimo que uno tiene al lado. Y difícilmente se puede amar a Dios cuando la persona no se ama a sí misma.

Para la persona que está en el camino de maduración, estas tres formas de amor constituyen una sola realidad. Las tres se alimentan mutuamente para que cada una exista, pero no sin las demás. Cada una de estas tres cualidades es indispensable. Si falta alguna de ellas, le falta algo importante al amor.

Para que el amor sea duradero

Todo agricultor sabe que para cosechar el campo primero hay que sembrar, arrojar muchas semillas y que no todas germinarán, pero también sabe que porque algunas semillas se pierdan no puede dejar de sembrar. Amar significa dedicar tiempo al amor. Amar para la persona en el camino de la madurez es trabajo, paciencia, disciplina, aunque la cosecha es al tiempo un regalo del cielo y no obstante el fruto de una decisión que la persona toma cada día al levantarse.

Hacer del amor una forma de vida, es construir una casa cada día, construcción que nunca termina.

Para ir más lejos

El amor de la persona en el camino de la madurez toma formas como:

Desear el trabajo bien hecho. La prudencia ante el juicio precipitado. No devolver el insulto. Esperar siempre. Confiar en uno mismo, en los demás, en el destino, en Dios.

No buscar que los demás correspondan para actuar.

Experimenta que en el amor está implícita la bondad, el perdón, la empatía y la comprensión. Vive sabiendo que el amor no es un fuego que devora o como dicen los franceses: «Un coup de foudre».

Vive sabiendo que el deseo de amar no es suficiente, sino que es un acto de voluntad. Es intención, es acción, es una elección y no un deber. No limites el amor al enamoramiento —emoción del momento— que es una experiencia transitoria. La sensación de éxtasis que caracteriza la sensación del enamoramiento es pasajera. La luna de miel siempre termina.

Ofrece palabras positivas, obsequios, acciones de servicio, contacto físico. Habla desde la amabilidad. Permite que los demás sean imperfectos. Escoge perdonar. Admite los fallos propios. Devuelve el bien cuando recibes el mal. Trata a los demás como amigos. Recibe con gratitud, habla con cortesía, crea espacios para la amistad, sacrifica algo de valor por el bien de la relación. Regala tiempo a los demás. Toma partida por la verdad.

¿Al finalizar este día puedes decir si alguno de estos actos han hecho parte de tu vida hoy?

¿Puedes recordar un acto de amor específico que realizaste la semana pasada? ¿Cómo te hace sentir lo que hiciste?

«Solo quien ama vuela» (Miguel Hernández).

«Amo luego existo» (Descartes).

«No conoces a alguien hasta que no le amas» (Margarete Buber).

Adventistas del Séptimo Día y Congreso Mundial Menonita entablan diálogo

Comunicado de prensa, CMM



Silver Spring, Maryland (USA), 17 agosto — Algunos Representantes de la Conferencia General de Adventistas del Séptimo Día y del Congreso Mundial Menonita mantuvieron la primera de varias conversaciones programadas, entre el 28 de junio y el 1 de julio, 2011, en Silver Spring, Maryland (USA), en la sede mundial de la Iglesia de los Adventistas del Séptimo Día. Dicha denominación cuenta con 17 millones de fieles.

Durante cuatro días, los representantes de sendas comuniones mundiales intercambiaron ideas y perspectivas, centrándose en el tema: «Vivir la vida cristiana en el mundo de hoy». Después de que cada grupo diera una visión panorámica de la historia de su comunión, ambos grupos presentaron sendas ponencias sobre los temas de paz, no violencia y servicio militar; discipulado e inconformismo con el mundo; salud, sanidad/salvación y ecología; y la naturaleza y misión de la iglesia.

El Congreso Mundial Menonita estuvo representado por Jack Suderman (Canadá), secretario adjunto de la Comisión de Paz del Concilio General y copresidente del diálogo ASD/CMM; Danisa Ndlovu (Canadá), presidente de CMM; Tom Yoder Neufeld (Canadá) y Valerie Rempel (USA), de la Comisión de Fe y Vida; Henk Stenvers (Países Bajos) de la Comisión de Diaconía; y Patricia Urueña (Colombia y Ecuador).

Durante los últimos siete años, dijo Suderman, el interés de los ASD en investigar y recuperar sus afinidades

anabaptistas les ha llevado a solicitar este diálogo. Los Menonitas/Anabaptistas, tienden a estar mucho menos informados de los puntos en común con los Adventistas, aunque las afinidades se hicieron evidentes de inmediato al iniciarse las conversaciones.

Los adventistas y anabaptistas devienen de trasfondos muy diferentes: los menonitas, del movimiento anabaptista durante la Reforma en el siglo XVI; y los adventistas, del Segundo Gran Despertar en los EE. UU. durante el siglo XIX.

Comparten el deseo de recuperar la autenticidad y pasión de la iglesia del Nuevo Testamento, un compromiso a constituir un pueblo que se alimenta de la Biblia, un sentir de que la obediencia conlleva no conformarse a este mundo, una forma parecida de entender la historia cristiana, y un fuerte compromiso a ser seguidores de Jesús en sus vidas personales y en su testimonio como cuerpo en el mundo.

Cada comunión trajo a este diálogo

El Congreso Mundial Menonita (CMM) es una comunidad mundial de iglesias cristianas cuyas raíces se encuentran en la Reforma Radical del siglo XVI en Europa —en particular, el movimiento anabaptista. Hoy son más que 1.600.000 los miembros de esta familia de la fe; más de 60% son africanos, asiáticos y latinoamericanos. CMM representa unas 100 Conferencias Nacionales de Menonitas y Hermanos en Cristo, de 57 países en seis continentes.

una honda experiencia de lo que significa vivir la fe cristiana habitualmente como una voz minoritaria en el mundo, y enfatizaron la importancia del discipulado y la vivencia práctica de la fe cristiana. Juntos entienden que los cristianos viven «en el mundo» a la vez que no son «del mundo». En sus años iniciales la Iglesia Adventista enfatizó la importancia de vivir en comunidad, era pacifista, enseñaba el bautismo de adultos y estimulaba el discipulado de Jesús como Señor, de maneras muy semejantes a las del anabaptismo.

El diálogo incluyó también compartir honesta y sinceramente los retos que ambas iglesias tienen que afrontar en cuanto al inconformismo con este mundo, ser hacedores de paz y objetores del servicio militar, eclesiología, salud y sanidad y el respeto del medioambiente. Por consiguiente, ambas comunidades tienen por delante el reto de conservar la importancia de sus prácticas y creencias históricas. Los adventistas y anabaptistas se despidieron con una valoración positiva de la diversidad de los dones que cada cual aporta y contribuye al Cuerpo de Cristo.

«Al sentarnos a hablar con los de creencias distintas, adquirimos una comprensión más profunda de quiénes son ellos» —dijo John Graz, Director de Asuntos Públicos y Libertad Religiosa de la Iglesia Adventista, cuyo departamento organizó el evento de 28 de junio-1 de julio en su sede mundial.

Danisa Ndlovu expresó su agradecimiento a la Iglesia Adventista por hacer de anfitriona para esta primera conversación. «Cuando uno observa las personas desde cierta distancia, es imposible afirmar que los conoce —dijo—. Pero es diferente cuando uno se sienta con alguien para un intercambio de ideas. Ahora podemos decir que os conocemos».

Tres temas a los que los Adventistas dan mayor importancia que los Menonitas, serían la teología del día Sábado, el interés en una vida sana en un marco vegetariano, y la Segunda Venida de Cristo. Los adventistas celebran su Sábado —su día de culto— desde la puesta del sol del

viernes hasta la del sábado. La delegación del CMM expresó interés en experimentar cómo los adventistas guardan el Sábado; por lo cual se quedaron un día más para poder asistir a una cena la noche del viernes y un culto del Sábado.

Los miembros de la delegación del CMM también se interesaron en aprender cómo la Iglesia Adventista enfatiza y pone recursos para los temas de una vida saludable, así como la libertad de religión. La Iglesia Adventista incorpora la salud como una parte integral de su fe, y opera la mayor red integrada de hospitales protestantes en todo el mundo.

Los representantes del CMM también compararon la estructura de su comunión mundial con la de la Iglesia Adventista. La mayoría de las congregaciones relacionadas con el anabaptismo son autónomas, lo cual genera una enorme diversidad, observó Suderman, antes Secretario General de la Iglesia Menonita de Canadá.

En la Iglesia Adventista, la teología y dirección procede de la sede mundial de la Conferencia General y se comunica a los otros cinco niveles de gestión, a saber: las Divisiones, las Uniones, las Conferencias, y las Congregaciones locales. Puede que esta estructura de gestión tenga mucho que ver con el notable éxito numérico que goza la Iglesia Adventista, comentó Suderman.

La próxima conversación, convocada para el año que viene en Suiza, explorará otros temas tales como la interpretación de la Escritura, la escatología, el Sábado y el culto, y áreas de testimonio y misión en común.

V ENGO EVITANDO DESDE QUE empecé hace unos meses a escribir en *El Mensajero* sobre cuestiones de ecología desde una perspectiva bíblica y cristiana... Vengo evitando y ya no puedo postergar más, referirme a una objeción que a alguno seguro que se le ha ocurrido.

«Pero, vamos a ver... Al fin y al cabo lo que importa es el cielo, ¿no? Con tal de que se salven nuestras almas, ¿qué importa lo que le pase a la Tierra? ¿No es la Tierra el escenario de todos nuestros pecados y caída, de nuestra maldición y sufrimientos? ¿Acaso no vino Cristo al mundo precisamente para salvar nuestras almas de esta triste Tierra y llevarlas —cuando vuelva— consigo a otro mundo mejor?

«¿No sería mejor, entonces, en lugar de perder tiempo luchando por conservar esta Tierra, salvar almas para el Cielo? Y en lugar de rogar a Dios que nos dé la sabiduría necesaria para rectificar a tiempo para que nuestros descendientes puedan sobrevivir, ¿no habría que pedirle a Dios que vuelva Cristo de una vez por todas y ponga fin a este mundo de pecado y maldad; y entretanto multiplicar nuestra pasión por las almas que se pierden?»

Las especulaciones sobre «el cielo» tienden a imaginar una especie de existencia inmaterial, insustancial y eterna, donde nunca pasa nada y la dicha es invariablemente dichosa y la luz no conoce ninguna sombra. Eso estará muy bien para los que les guste la idea, pero en principio no parecería ser vida ni encerrar ningún interés.

Cuando Cristo venga

por Dionisio Byler

Por lo que aparenta de espiritualidad y de fe correcta según algunos la enseñan, esta objeción merece su respuesta. Aquí sería interesante dialogar con quien tuviera inquietudes más o menos en este sentido, porque estas preguntas las acabo de escribir yo, con el fin de responder a ellas. Como las preguntas son «artificiales» (en el sentido de que yo personalmente no me las hago) sospecho que mi respuesta también pueda resultar artificial y poco convincente.

Quiero agrupar mis comentarios en torno a cuatro preguntas:

- ¿Qué es el ser humano?
- ¿Para qué vino Cristo al mundo?
- ¿Cuál es el destino último de la humanidad?
- ¿Qué será de nuestros hijos y nietos?

¿Qué es el ser humano?

El mensaje de Génesis sobre la naturaleza del ser humano es extraordinariamente rico y complejo. El ser humano es imagen y semejanza de Dios; es a la vez un ser pura y esencialmente terrícola, cuya existencia aparte de la Tierra es impensable.

Como «imagen de Dios», el ser humano tiene facultades divinas que frecuentemente nos cuesta sospechar ni realizar. No sólo el «dominio» sobre todas las otras formas de vida sino capacidades mentales o espirituales sobre el universo material, que nunca dejan de asombrarnos. Hay personas que por disciplina personal agudizan estas facultades espirituales hasta conseguir cosas que dejan atónitos a los demás; hay otros que sin esfuerzo, parecen genéticamente predispuestos a eso por descender de un largo linaje de chamanes, sacerdotes o practicantes de artes ocultas. Desde luego en el cristianismo, amén de otras muchas formas de espiritualidad cristiana, siempre ha habido y sigue habiendo cierta fascinación con poderes que podríamos denominar «mágicos», donde determinadas personas parecieran capaces de curar enfermos, comunicarse con seres incorpóreos,



adivinar el futuro y conseguir resultados demasiado exactos a lo pedido en oración, como para que se consideren pura coincidencia. Algo hay de divino en el espíritu humano, no importa cómo se quiera entender; y está presente no importa qué religión sea la que se practica.

A la vez, el ser humano es un ser biológico compuesto por material genético, absoluta y esencialmente terrícola. Somos cuerpos. Cuerpos materiales. El material biológico que somos, toma elementos químicos que ingerimos y respiramos, y por procesos bioquímicos de una complejidad extraordinaria —pero no más compleja que lo que sucede en cualquier otro bicho de esta Tierra— se va constituyendo y reparando y realiza las acciones y hasta los cálculos mentales que nos resulten oportunos. De la tierra vinimos y a la tierra volvemos. Hay más material genético no humano en cualquiera de nuestros cuerpos, que lo que hay ADN estrictamente humano. Cada uno de nuestros procesos biológicos involucra una asombrosa multitud de organismos simbióticos sin los cuales dejaríamos de vivir. La barrera entre el interior de nuestro cuerpo y el resto de la vida de este planeta está siendo franqueada constantemente; en forma de alimentos, pero también a veces en forma de organismos parasitarios que nos

provocan enfermedad. Nuestra existencia entera es terrícola, material, vida y polvo de este pequeño planeta que gira en torno a este sol mediano en esta galaxia inconspicua de este rincón del universo material. Nacimos todos con fecha de caducidad y cuando ésta nos llegue, seremos reciclados en el polvo y agua y aire de esta Tierra como sucede con todo ser viviente —desde la ballena más grande hasta el microbio más microscópico.

Fuera de esta existencia terrícola no hay existencia para nosotros. Aunque se ha especulado mucho con «el cielo», nada hay en el testimonio bíblico que obligue a interpretar que sea posible nada reconocible como vida humana fuera de los parámetros de esta Tierra. Las especulaciones sobre «el cielo» tienden a imaginar una especie de existencia inmaterial, insustancial y eterna, donde nunca pasa nada y la dicha es invariablemente dichosa y la luz no conoce ninguna sombra. Eso estará muy bien para los que les guste la idea, pero en principio no parecería ser vida ni encerrar ningún interés. Parecería más bien un no existir ni vivir ni experimentar ya nada, insensibles a cualquier estímulo, dejando deslizarse los siglos sin siquiera saber que han pasado.

La esperanza de la Biblia es siempre esperanza terrícola, esperanza material, donde el ser humano sabe que está vivo y por tanto tiene sueños y deseos y satisfacciones. Donde conoce el amor y observa el paso del tiempo. Una Tierra redimida, desde luego; con un sistema político donde ahora gobierna Dios mismo para beneficio y felicidad de todas las personas en igualdad y justicia. Una vida libre de enemigos que destruyen y de tentaciones imposibles de dominar. Pero en cualquier caso, siempre vida viva, vida por tanto material, vida terrícola. Por consiguiente en la Biblia, allí donde «el cielo» se describe como apto para morada humana, que no sólo divina, éste viene a concebirse como una especie de copia (o tal vez Original) de la Tierra, salvo que sin tristeza ni maldad.

¿Para qué vino Cristo al mundo?

Para enseñarnos cómo vivir en esta Tierra. Para vivir él mismo entre nosotros como viviría Dios si fuese un ser humano, para vivir él mismo entre nosotros como viviría un ser humano si fuese plenamente divino. Vino para arrancar de nuestros corazones las motivaciones egoístas y la maldad ancestral que viene estropeando nuestras vidas personales y nuestra sociedad humana. Para alumbrar nuestras tristes vidas con un rayo de su luz pura, haciéndonos conocer la dicha de amar y ser amados incondicionalmente, por pura gracia divina, con misericordia y paciencia para todos...

Es verdad que como seres biológicos que somos, nacemos programados para desear prolongar nuestra existencia biológica. Especialmente en aquellos casos donde la vida se trunca inesperadamente por guerra o violencia, accidente o enfermedad —o donde la vida es terriblemente desdichada por la maldad sufrida o por discapacidades terribles o dolor o sufrimiento físico o psíquico— cuando llega la muerte, nos parece que ha sido poca la vida: demasiado breve y demasiado mezquina. Anhelamos que hubiera una segunda oportunidad que es, al parecer, lo que viene a ofrecer la promesa de resurrección.

Esto también vino a conseguirnos Cristo al mundo. Naturalmente, no

soy yo quién para tener ni la más remota idea de qué es o cómo funcionará eso. Confesada libremente esa ignorancia, tengo el atrevimiento sin embargo de opinar —por cuanto observo que otros también opinan sin tampoco saber. Me parece que para que la resurrección lo sea de verdad, tiene que ser como vida plenamente humana. Y para que la vida sea plenamente humana, tiene que ser terrícola. No digo que el Señor no sea libre de montarse la eternidad como le venga en gana; lo que digo es que con lo que pone la Biblia se ha montado mucha fantasía y mucha especulación que se hace pasar por doctrina bíblica. Al final del Apocalipsis, lo que veo es que la Nueva Jerusalén baja del cielo y se queda anclada a la tierra. Tierra nueva con un cielo nuevo, bien es cierto. Pero siempre tierra; porque a mí me parece que cualquier otra existencia sería no humana —es decir, inhumana, intolerable e indeseable para nosotros, un castigo y no una recompensa.

¿Cuál es el destino último de la humanidad?

Me parece que la Biblia nos ofrece con cierta claridad la esperanza de que el último destino de la humanidad es cumplir con el plan original con que fuimos creados al principio. Que realicemos plenamente toda nuestra vocación como seres divinos creados a semejanza del Creador, en comunión y armonía con Aquel que nos redimió y quiere que le llamemos Papá. Y que vivamos plenamente toda nuestra realidad como seres terrícolas, materiales y vivos, en medio de infinidad de otros seres vivos, de los que nos alimentamos y a los que nuestros cuerpos alimentan.

¿Qué será de nuestros hijos y nietos?

Esta es la pregunta del millón, la pregunta que no desaparece por mucho que soñemos con otras configuraciones de la realidad, donde

tal vez fuera posible seguir siendo humanos sin ser ya terrícolas.

No sería natural —sería una abominación— desentendernos de nuestra descendencia, dedicarnos a ser felices y salvar nuestras «almas» y despreocuparnos de dejarles a ellos una tierra infértil, esquilhada, con atmósfera malsana y océanos sin vida. No ama a sus hijos quien se excusa de desearles una vida tolerable en esta tierra, con el cuento de que al menos salvarán el alma. ¿Desde cuándo hacía falta, para que nuestros hijos puedan heredar la vida eterna, consumirnos nosotros todo lo bueno que podía ofrecer esta tierra? Si era tan buena la vida eterna sin existencia material, ¿por qué esta generación presente se empeña tanto en consumir ella sola —sin dejar nada para nadie que venga después— todo lo que brinda esta tierra? El problema tal vez no sea tanto que falta «pasión por las almas» sino que hemos abandonado el amor natural por nuestros descendientes. Nos hemos vuelto una generación grosera y abominable, que sólo piensa en sí misma.

Cuando Cristo vuelva, que nos encuentre amando y viviendo como él nos enseñó a vivir y amar. Que reciba una bienvenida digna de un Rey: una tierra cuidada y mimada, ajardinada, limpia y en paz, donde apetezca traer a su descanso definitivo la Nueva Jerusalén.

Bueno... Es una opinión.



Noticias de nuestras iglesias

Burgos – verano — Elías Melguizo nos ha mandado algunas fotos para publicar en las noticias de El Mensajero, entre las cuales destacamos las que aquí figuran. Las fotografías traían la siguiente explicación: «Aquí envío fotos de cuando las chicas de JCUM vinieron a Burgos —estuvieron desde finales de julio hasta mediados de agosto— y de los bautismos que tuvieron lugar este domingo día 4 de septiembre».

Comenta Dani López, en email aparte: «Creo que los jóvenes estamos en una etapa de nuestra vida muy importante. Nos vino muy bien el empujón de JCUM, ya que vimos que si ellos eran capaces de evangelizar en Burgos, ¿por qué no lo íbamos a hacer nosotros en nuestra propia ciudad?»

«Y en cuanto a los bautismos, siempre nos alegra ver cómo la siguiente generación, que muchos son nuestros hermanos pequeños, tienen ganas de seguir dando pasos hacia Dios e incluso con más ganas que nosotros cuando teníamos su edad».

Desde la redacción de El Mensajero, aprovechamos la ocasión para recordar a nuestros lectores que esta sección está abierta a **TODAS** las iglesias que constituimos AMyHCE, algunas de las cuales jamás en la vida



nos han enviado ni una sola noticia ni fotografía.

Las fotos deben ser los archivos originales de cámara, sin retocar ni

recortar, al máximo posible de megapíxeles. Salvo en casos de extrema necesidad, las fotos de teléfonos suelen ser inservibles para publicar impresas.

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

pacto / alianza / testamento — Fundamentalmente un concepto político que indica el compromiso mutuo de no agresión y de apoyo militar. En la Biblia el empleo más típico de las palabras que indican esta relación es metafórico: Son los términos de la relación jurada entre Dios y su pueblo Israel.

Existen ejemplos interesantes en documentos de reinos del entorno de Israel en la antigüedad, donde se estipula un pacto entre reyes y sus vasallos. Si para el pacto entre Dios y su pueblo se ha seguido un modelo típico en las relaciones internacionales, entonces, eso tal vez nos explica cómo había que entenderlo. Israel debe a su Señor lealtad absoluta y obediencia en los temas estipulados. En cambio, el Señor también se compromete «políticamente», por cuanto les promete un territorio nacional, provisión abundante y protección de todos sus enemigos —cosas que habitualmente esperaríamos de nuestros gobernantes.

En el pacto del Señor con la dinastía del rey David, si todos ellos se mantienen leales al Señor y cumplen las conductas que él manda, su dinastía será eterna.

El pacto del Señor con Abraham, sin embargo, destaca por ser incondicional. El soberano, Dios, se compromete a darles descendencia numerosa en la tierra prometida, pero sin pedir nada a cambio. Es cierto que Abraham creyó y que esa fe le fue contada por justicia. Pero creyó lo que Dios ya le había pactado antes de que él pudiera creérselo.

Una diferencia importante entre la fe bíblica según la viven los judíos y los cristianos, reside en su concepción del pacto. Los judíos tienen interiorizado el pacto con Dios como una de sus señas de identidad personal, familiar y nacional. Por el hecho de haber nacido israelita y haber recibido la circuncisión, el judío se sabe heredero de las promesas eternas de Dios a Abraham. El judío no necesita **crear** sino **obedecer** o **cumplir** lo estipula-

do en el pacto. El judaísmo, entonces, no consiste en doctrinas de obligada creencia —ni siquiera es necesario creer en la propia existencia de Dios — sino que necesita cumplir los mandamientos. Se cuenta que en uno de los campos de concentración de los nazis, donde murieron millones de judíos sin que Dios jamás pareciera interesarse, algunos judíos convocaron un tribunal para juzgar si Dios existe. Presentados los argumentos por los abogados de una parte y de la otra, el rabino que presidía el tribunal dictó su sentencia: Dios no existe. Y de inmediato declaró:

—Y ahora ha llegado la hora de nuestra oración vespertina. Oremos, hermanos.

Si los cristinos dejáramos de creer que Dios existe, dejaríamos también de orar ni de conducirnos como mandan los mandamientos. Pero a aquellos judíos no les parecía que una cosa guardase relación con la otra. ¡Ellos seguirían fieles al pacto aunque Dios fuera infiel hasta el extremo de dejar de existir! O aunque habían dejado de creer que existe, que es casi lo mismo.

El pacto nuevo o «Nuevo Testamento» de los cristianos, sin embargo, tiene la creencia y la doctrina como uno de sus pilares más esenciales. Esto ha hecho del cristianismo una fe mucho más intelectual y abstracta, extraordinariamente interiorista, donde para obtener la vida eterna es necesario entender y estar de acuerdo con ciertas ideas sobre la realidad. Sin embargo probablemente no es así como entendían las cosas los apóstoles. «Guardar la doctrina de los apóstoles», en el lenguaje del Nuevo Testamento, probablemente tiene mucho más de ceñirse a las conductas enseñadas por Jesús, que de convencimiento mental. Guardaba la doctrina de los apóstoles quien entregaba a la comunidad todos sus bienes, aunque no tuviera del todo claro lo que decían los apóstoles acerca de Cristo o de la resurrección.

Uno no se salvaba de la ira de Dios por sus ideas sino porque el Espíritu

de Cristo era tan poderoso en su interior, que amaba como Jesús, entregándose en cuerpo y obras a favor del prójimo, como ya lo había hecho Jesús. Entonces el pacto nuevo o «Nuevo Testamento» tiene mucho de continuidad con el Antiguo:

Dios ha intervenido primeramente, soberanamente, como Salvador. ¡Nadie puede salvarse a sí mismo! Y ahora corresponde vivir como Dios manda, por gratitud y por coherencia personal. A cambio, Dios promete seguir proveyendo y protegiendo. Aunque los mártires siempre han comprobado que esa provisión y protección no es automática. A veces toca sufrir y morir por Cristo, por la Iglesia y por el prójimo... y Dios no interfiere. En cualquier caso, al sabernos «pueblo del pacto», seguiremos actuando como Jesús —confiando que Dios cumplirá con su parte de lo acordado como a él le parezca justo.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMYHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMYHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMYHCE.

www.menonitas.org